

# POETA CON SABOR A PUEBLO Y A CAÑAVERAL

## José Watanabe: el guardián del fuego

Rocío Silva Santisteban

“Me dejará la muerte / gritar / como ahora” y mientras tanto escucho, no un grito sino un susurro, la voz cansina, la dicción suave y lenta como para saborear cada una de las sílabas, la bien pronunciada “d” al final de la palabra “dignidad”. Escucho el cdrom que viene con el libro *La Piedra Alada*: la huella de la voz en un surco digital ha podido -isí, lo está haciendo!- volverla inmortal. Y parece que estuviera acá al costado, susurrando esas “eses” que dejaron de ser sonoras, y ahora son sibilantes. Y me aferro a la voz del amigo, a todos los libros que he puesto como un altar sobre el escritorio, para negar a la muerte. Y constato una vez más que José Watanabe sabía, con la precisión de un relojero oriental, que cada palabra pesa como el alma humana.

Nacido en Laredo, norteño más de lo que él hubiera imaginado, como muchacho campesino que no llegó a ser, Watanabe miraba a la tierra, la entendía, la escribía y luego dejaba que los otros la veneraran. Por los azares del destino, como él mismo lo solía recordar, la familia completa pudo venir a Lima y así, años después de las carreras de arquitectura y las tertulias en los bares del centro, donde él no tomaba -“cuándo has visto a un japonés tomando, pues, Rocío”- publicó su *Álbum de familia*. Miembro de una familia numerosa, casi hijo de sus hermanas, supo entregarnos a través de su poesía los detalles de la vida familiar que, como en Vallejo o Valdelomar, constituyen el núcleo duro de lo que podría llamarse la ternura peruana.

Luego permaneció muchos años callado, quizás demasiados, y como dice en el prólogo de *El huso de la palabra* -y cito de memoria- levantaba los hombros cuando los amigos le preguntaban si estaba escribiendo un libro. Precisamente este poemario que escribió como un homenaje de regreso a la vida es uno de los mejores libros de poesía de los últimos cincuenta años. Sobre todo la sección *Krankenhaus*, cuyo poema sobre las siluetas de las aves que marcan “el límite de la transparencia del aire” es rotundo como un golpe de realidad. No exagero al decir, como lo saben los colegas que leen y releen la *Mantis Religiosa* o *El lenguado*, que “Wata” era uno de los grandes.

Lento como las músicas humildes, buscaba serlo, digamos que ostentaba su propia humildad: su casa del tercer piso en San Miguel, sus costumbres ascetas, su chasquido de boca ante las historias de ganadores. Era un curioso empedernido y hablaba por larguísimas horas de tecnología, arquitectura, arqueología o de películas mexicanas de los años 50, sabía que los otros le prestaban atención y, entonces, se agitaba, tosía, y volvía a permanecer un rato mudo. Habitante de la nocturnidad de la noche, como se dice en Santiago de Chuco para adentro, José Watanabe escribió en la vigilia ocho intensos libros de poesía, y sólo después de que la editorial Norma publicara su antología *El guardián del hielo*, gracias a los buenos oficios de la poetisa colombiana Piedad Bonnett, las editoriales españolas lo descubrieron, y su libro se convirtió en uno de los más leídos -ojo, que no sólo comprado- en España. Porque, insisto, Watanabe era uno de los grandes.

Le gustaban las palabras con diéresis. Lengüita, por ejemplo. Y las fábulas de animales, insectos y pescados. Cuando reía, codeaba al que estaba parado al costado, y alargaba el labio inferior cuando se resentía por algo, como haciendo un puchero. Y le sacaba poesía hasta a las piedras. Escribió una de las obras de teatro más políticas de los años 90, basada en una tragedia griega, *Antígona*, que Teresa Ralli interpretó de manera magistral. Y posteriormente, como negando en los hechos su reputado agnosticismo, escribió sobre el Verbo hecho carne: *Habitó entre nosotros*.

Watanabe quizás haya sido un hombre difícil, no lo sé, trabajé con él escribiendo decenas de hojas deleznable, y siempre mantuvo una profesionalidad que yo envidiaba. Aun en el más banal de todos los trabajos, Watanabe asumía los riesgos, y se comía por completo la historia, retorciéndose con el dolor de sus personajes y gozando con sus diálogos mejor logrados. Este texto les parecerá a algunos la canonización de Watanabe, el obituario que termina en elegía, la historia convertida en hagiografía. No me importa. Como dijo alguien hace mucho tiempo, y estoy convencida de tal hecho, todos los poetas son santos.

(En: “Domingo”, *Revista de La República*. Lima, 29/4/2007, p.7).

## El guardián del hielo se fue pero está

Marco Martos

En 1946 nació José Watanabe en Laredo, Trujillo. Estudió en su lugar de nacimiento y más tarde en Trujillo. Después, en Lima, inició estudios de arquitectura, que abandonó pronto.

En 1971, con la publicación de *Álbum de familia*, José Watanabe inició una carrera literaria verdaderamente excepcional que lo iría colocando con el paso del tiempo a la altura de los mejores poetas del siglo XX en nuestro país.

Pareciera, por las publicaciones posteriores, *El huso de la palabra* de 1989, *Historia natural* de 1994, y la más reciente, *Cosas del cuerpo* de 1999, que el poeta escribe por ciclos, indiferente al apresuramiento, ese afán desmedido por publicar seguido de algunos poetas hispanos otros de nuestros lares que no tienen en cuenta la necesaria labor de pulido de los versos. En un país donde el reconocimiento suele llegar tarde, en 1989, *El huso de la palabra* fue consagrado por un conjunto de críticos y creadores como el mejor libro de poesía de la década.

Su poesía, trabajada con despiadado rigor, transmite

una imagen de tersura. Es un nuevo objeto añadido a la realidad que incorpora situaciones que conciernen a todos los seres humanos.

Cualquier poema de *Cosas del cuerpo*, como una flecha, va a un blanco preciso. Leamos el texto “Nuestra Reina”:

*Blanco tu uniforme y qué rosada  
tu piel  
Entonces tus vísceras deben ser azules, doctora.  
Eres nuestra reina.  
Los enfermos estiramos las manos atribuladas  
hacia ti, en triste cortejo.  
Queremos tocarte cuando cruzas los pasillos,  
altiva.  
Docta, saludable, oh sí, saludable,  
con tus vísceras azules.  
También así serías nuestra reina  
y seguiríamos estirando las manos  
ya tranquilas y con flores  
hacia ti, nuestra última señal de gozo.*



Hemos comentado lo que el poema nos muestra. Menos visible es lo que dice entrelíneas: la concepción de vida y muerte que entraña su poesía. El poeta no sólo es respetuoso de la cultura de sus ancestros orientales, sino un conocedor de la tradición. Pertenece a la cultura japonesa la unión natural entre vida y muerte. En el Japón, finar es un acto natural de la fina; es el vacío final al que se llega. Pero vida y muerte están asociadas como dos caras de la misma moneda.

Por otra parte, la cultura campesina está arraigada en un fino poeta como Watanabe. Como Vallejo, él es un migrante que pasa de pequeños poblados a ciudades cada vez más grandes, pero que conserva en su imaginario un mundo arcádico de la niñez que se relaciona fluidamente con todas sus experiencias. En esta línea, uno de los poemas más hermosos salidos de su pluma es “En el desierto de Olmos”, aparecido en su libro *Historia natural*:

*El viejo talador de espinos para carbón de palo  
cuelga en el dintel de su cabaña una obstinada  
lámpara de querosene,  
y sobre la arena  
se extiende de un semicírculo de luz hospitalaria.  
Este es nuestro pequeño espacio de confianza.*

*Impensadamente  
arrojo los huesos fuera de la luz  
y tras ellos el animal entre en el país nocturno y  
enemigo.  
Desde la oscuridad allá estremecido  
y seguramente queriendo alcanzar  
entre la inestable arena  
con ansia  
nuestro pequeño espacio de confianza.  
Oigo entonces el reproche del viejo: Deja huesos  
cerca.  
El perro  
también es paisano.*

Watanabe trae a la poesía peruana, en finísimo trabajo, la voz de la cultura campesina que bebió en su infancia en Laredo y Trujillo, que interiorizó con deleite y que la vida agitada de la megápolis no ha podido destruir. Es una percepción que cree en la indispensable complementación y no dominio de hombre y naturaleza.

De un modo no conflictivo la poesía de José Watanabe ha modificado radicalmente el panorama de la poesía peruana. Ha probado, con lo que ha hecho hasta ahora, a contracorriente de una poesía vitalista, callejera, que parecía única opción para los jóvenes de los años setenta, que es posiblemente hacer en el Perú una lírica punzante y delicada que expresa al mismo tiempo la vida del campo y la ciudad, que se relacione con los sentimientos íntimos del hombre utilizando todos los recursos de la poesía universal.

Watanabe, como quería Eleodoro Vargas Vicuña, es el poeta que tiene “ojo de ver”, un hombre que en los repliegues más oscuros de la realidad sabe descubrir lo diferente. Detiene su mirada en lo más cercano al hombre y en su propia interioridad.

## Y de pronto anochece

*Luis Eduardo García*

“Tanto amor, y no poder nada contra la muerte”. Nunca como ahora es tan certero y real, desgarradoramente real, este verso de César Vallejo escrito para devolverle la vida a un cadáver que quiere seguir muriendo. La cita ha brotado de pronto en mi cabeza, quizás motivada por la noticia de que el poeta José Watanabe ya no está en este mundo.

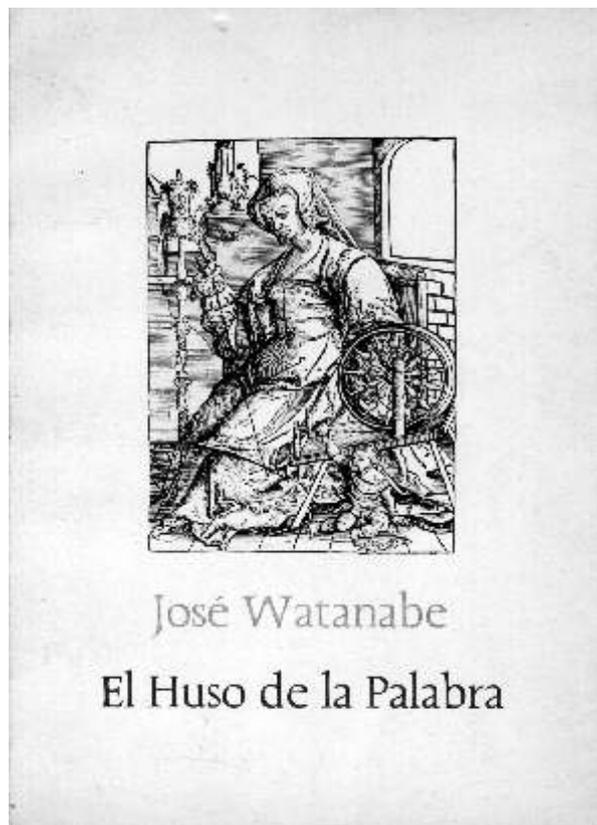
Sí, es verdad. Sobre el amor, y uno no puede hacer nada contra la ausencia definitiva. El poeta que convirtió a Laredo en un Macondo poético, el que resumió la fugacidad de la vida en la imagen de un hielo que se derrite, el mestizo que escribió con la muda sabiduría de un japonés y el dolor atemperado de un andino, se ha ido de aquí como una piedra alada, diciendo adiós sin decirlo de verdad.

Cuando el dolor toca la puerta, los recuerdos se agolpan y tratan de tapar el enorme hueco que aquél ha abierto en los corazones humanos. Una a una, imágenes, anécdotas, historias y palabras dichas y no dichas acuden a curar la herida que no sana, el hueco que no cierra. Por esta razón, este texto que estaba destinado a resaltar el

valor poético de José Watanabe se ha trocado en una nostálgica evocación.

José Watanabe publicó su primer libro de poemas, *Album de familia*, en 1971 y debutó como guionista del filme *Maruja en el infierno* en 1983. Bastaron sólo estos dos datos para que los miembros de mi generación declararan su admiración por un poeta que dedicaba “poemas trágicos con dudosos logros cómicos” a gente de Trujillo y escribía guiones con la seguridad de budista zen que se inicia en la búsqueda espiritual. Es que eso, un budista zen, nos pareció cuando lo conocimos en noviembre de 1984 en el hall del hotel *Turismo*. Supongo que ya para entonces, el poeta había conseguido hacer suyas las cosas simples y cotidianas.

Tras el fugaz encuentro en ese congreso de narradores realizado en Trujillo, cinco años después volvimos a saber de él gracias a la publicación de su segundo libro de poemas: *El huso de la palabra* (1989), que leímos y comentamos con entusiasmo. Entre el primero y el segundo de sus poemarios habían pasado nada menos que dieciocho años. Y enfatizo el número de años por-



que eso fue lo primero que le pregunté en la entrevista que le hice en 1997 en el café *Demarco*: “Yo escribo poco y corrijo mucho. Parece mentira, pero disfruto corrigiendo. Más que escribir, tengo el placer de pulir lo que hago”, respondió.

Tres años antes había dado a conocer su tercer libro: *Historia natural*, que desarrolla una especie de mística de la naturaleza, así como una curiosa y fluida relación con animales, objetos y cosas de su entorno. El siguiente libro, *Cosas del cuerpo* (1999), me condujo a una segunda entrevista en el mismo restaurante de Pizarro y casi a la misma hora que la anterior. Esta vez, preguntado por su mítico Laredo dijo: “Cuando uno sale de su pueblo comienza a mitificarlo, a crear un pueblo en su memoria que es distinto del pueblo real” (...) Hace muchos años que salí de allí, y cada vez que puedo vuelvo para contemplarlo como la primera vez (...) Es regresar al lugar donde fuimos protegidos, donde fuimos alimentados a cambio de nada, donde la vida es más uterina y menos riesgosa. Uno vuelve a sus orígenes en busca de afecto perdido. Y eso es lo que yo busco en mi pueblo ideal”.

“¿Qué relación existe entre tu conciencia de lo físico y la enfermedad que padeciste hace algunos años?”, le pre-

gunté también en esa segunda entrevista. Con una pasmosa lucidez me respondió: “Yo padecí una enfermedad muy grave, y me salvé. Esta situación consolidó más mi preocupación por lo físico. Cuando uno está en un hospital siente que es nada más que físico. Te cortan la piel, te ponen inyecciones, sondas; además, te someten a una disciplina que viene de Descartes, que postuló que el cuerpo era una máquina. Te levantan a una hora, te bañan a otra hora, te dan de comer en un mismo horario. Al final del día, sientes que eres un ente físico y sufriente, que eres realmente una máquina. Más que la conciencia de la enfermedad, uno tiene la conciencia de que es un cuerpo. Antes, yo seguí a mi cuerpo, ahora felizmente lo llevo como si fuera un amigo íntimo”. Querido poeta, ese amigo íntimo, esa máquina dolorosa, ese artefacto perecedero, se fue contigo el miércoles 25 de abril (tenía que ser abril). Entonces, comprendimos que de pronto anochece.

Tres son los recuerdos más gratos que tengo del poeta. El primero está relacionado con su antología *El guardián del hielo* (2000), que presentamos con Marco Antonio Corcuera en la galería del banco Wiese de Trujillo. El segundo, con un libro mío, que presenté el 2004 en Lima. José Watanabe apareció muy temprano en el lugar de la presentación y se puso a hojear el texto. Me acerqué presuroso y le extendí un ejemplar. “Este libro es tuyo”, le dije. Él, por supuesto, no lo aceptó y se fue directo a la caja de la librería para comprarlo sin que yo pudiese hacer nada. “Yo sé cómo es esto. Dedícamelo, por favor”, me dijo mientras me palmoteaba el hombro. Claro que se lo dediqué. No recuerdo qué escribí en la dedicatoria. Lo que haya sido fue sin duda reflejo de la inmensa admiración que sentía por su poesía.

El tercer encuentro grato con el poeta ocurrió el año pasado, exactamente en abril, durante la primera fecha de una serie de diálogos organizados por El Cultural con artistas e intelectuales trujillanos. Los primeros invitados fueron Gerardo Chávez y José Watanabe. Ambos hablaron de su carpintería, de los ángeles y demonios que estimulaban su creación y de la importancia de la creatividad para la especie humana. El público que asistió nunca podrá olvidar que esa noche se reunieron los dos artistas más universales de Trujillo nacidos después de César Vallejo. La contemplación, la serenidad y profundidad poética de Watanabe, estoy seguro, marcaron para toda la vida a más de un joven asistente esa noche.

Los últimos contactos con el autor de *El guardián del hielo* se limitaron a la lectura de sus últimos trabajos: *La piedra alada* (2005) y *Banderas detrás de la niebla* (2006),

que contiene una metáfora de la vida: la belleza que emerge detrás de la oscuridad y la agitación existencial. Otras veces, los contactos consistieron en simples referencias de amigos: el poeta está enfermo, ha ingresado al hospital, el mal que lo aquejó hace años le ha recrudecido, Watanabe está mal. Lo esperamos para la Tercera Feria del Libro de Trujillo. Indagamos por él. Pero alguien dijo que no vendría. Ese “no vendrá” sonó raro, como un grito sordo, como una profecía adelantada.

Las cosas que cuento las cuento por mi afecto poético a José Watanabe. Que yo sea un protagonista esporádico no tiene la menor importancia. He escrito que cuando el dolor se manifiesta como un boquete en el corazón, éste necesita ser llenado en base a recuerdos sucesivos. Esto es lo que más o menos estoy tratando de hacer. Quizás por esto la frase de Vallejo sea tan oportuna y elocuente: “Tanto amor, y no poder nada contra la muerte”. Estas líneas no son un retrato, un perfil o una biografía fugaz. Son una simple sucesión de hechos pasados recogidos por un lector que ama los poemas de un gran poeta. Son también una especie de lamentación periodística, un echar de menos, una manera de decir que habitó entre nosotros.

Mientras escribo estas palabras tengo a la vista las entrevistas que hice y los libros publicados por el poeta. Un poco al azar busco en estos materiales las palabras que lo expresen en su totalidad o lo pinten de cuerpo entero. Vana tarea la mía. Olvido que las entrevistas periodísticas son como el apéndice del ayer y que los poemas son el resultado de batallas perdidas de antemano, en los que sin embargo esporádicamente se descubren algunas verdades: *“Otra vez es tiempo de ir a la montaña/ a buscar una cueva para hibernar. // Voy sin mentirme: la montaña no es madre, sus cuevas/ son como cuevas vacías donde recojo mi carne/ y olvido.// Nuevamente veré en las faldas del macizo vetas minerales como nervios petrificados,/ tal vez/ en tiempos remotos fueron recorridos/ por escalofríos de criatura viva./ Hoy, después de millones de años, la montaña/ está fuera del tiempo, y no sabe/ cómo es nuestra vida/ ni cómo acaba.// Allí está, hermosa e inocente entre la neblina, y yo entro/ en su perfecta indiferencia/ y me ovillo entregando la idea de ser otra sustancia. // He venido por enésima vez a fingir mi resurrección./ En este mundo pétreo/ nadie se alegrará con mi despertar. Estaré yo sólo/ y me tocaré/ y si mi cuerpo sigue siendo la parte blanda de la montaña/ sabré/ que aún no soy la montaña”*. (Animal de invierno).

## Poeta de los tiempos de hora zero

Saniel E. Lozano Alvarado

Conservando su independencia y siguiendo su propio desarrollo personal, José Watanabe pertenece a esa generación de poetas mayormente provincianos, hijos de proletarios, irreverentes e iconoclastas, que desde comienzos de la década del 70 irrumpieron en la escena nacional reincorporando el espíritu de su producción regionalista, provinciana y popular a la literatura capitalina, como una posibilidad efectiva de articular las expresiones locales en un proyecto nacional integrador y más vasto.

Se trató de una generación de jóvenes intelectuales que integraron el radical, estentóreo, cuestionador, crítico y violentista Grupo “Hora Zero”, y que convirtieron a la Universidad Nacional Federico Villarreal, de reciente aparición -inspirada y dominada por el Apra- en alternativo centro de operaciones, propaganda y resonancia, frente a la tradicional hegemonía de San Marcos y La Católica. Sus integrantes, dice José Miguel Oviedo, “se reúnen en cafés de mala muerte, como el “Palermo” y el “Chino-Chino” del centro de Lima, beben, eventual-



mente se drogan, injurian, leen, discuten frenéticamente; tienen un aire y una fama previa de insolentes, de violentos, de malditos: sólo creen en sí mismos, en Cuba, en el Che, en el voluntarismo revolucionario”.

Entre los principales miembros de esa generación figuran: el huancaíno Tulio Mora; los limeños Antonio Cillóniz, Abelardo Sánchez León, Oscar Málaga, José Rosas Ribeyro y Enrique Verástegui; los loretanos Manuel Morales y José Carlos Rodríguez; los cajamarquinos Elqui Burgos (de San Pablo) y José Cerna (de Chachapoyas), el pucallpino Jorge Nájar; el apurimeño Feliciano Mejía, el lambayecano Juan Ramírez Ruiz y el liberteño José Watanabe Varas. Pero no son los únicos nombres, pues a esta relación pueden agregarse los nombres del santiaguino Danilo Sánchez Lihón, el arequipeño Wálter Márquez, los lambayecanos César Toro Montalvo y José Díez. Asimismo, Julio Polar, del Callao, y Mario Luna, de Chimbo-te, entre otros. De todos ellos, el liderazgo o caudillismo lo asume Juan Ramírez Ruiz.

Debido a su procedencia mayormente provinciana, a la actitud cuestionadora y crítica, y a la conciencia de grupo que desarrollan sus integrantes, las estentóreas voces de esta generación contribuyen a la configuración, como se ha dicho, de una “expresión coral” múltiple, que proclama la transformación de la realidad social y de la poesía, en función de la nueva condición del hombre. De modo general, trazan una línea divisoria y antagónica con la Generación del 60, a la que pertenecen Antonio Cisneros, Marco Martos, Julio Ortega, Winston Orrillo, Rodolfo Hinostroza, Mirko Lauer, caracterizados más bien por constituir voces individuales, pero cuyo silencio común “o cuasi silencio” -opina Oviedo- había dejado a la poesía peruana en un panorama borroso. Además, de manera general, “Hora Zero” considera que posteriormente a Vallejo no se ha producido nada nuevo ni positivo en poesía. Incluso, uno de ellos, Enrique Verástegui, rechaza al propio César Vallejo, de quien llega al extremo de declarar: “ya no tiene vigencia... Fue un mito, un gusto”.

En ese contexto así reseñado se explica la aparición del laredino José Watanabe, cuya primera referencia poética importante es la obtención, en 1965, de los primeros juegos en cuento y poesía en los Juegos Florales de la Universidad Nacional de Trujillo, a los cuales se sumaría, cinco años después, la obtención, en 1970, del Premio Poeta Joven del Perú, compartido con otro miembro del mismo Grupo, Antonio Cillóniz, y organizado por Cuadernos Trimestrales de Poesía, dirigido por Marco Antonio Corcuera.

Al año siguiente, Watanabe publica “Álbum de familia” (1971), conjunto de versos encabalgados, concatena-

dos e integrados en una sintaxis continua, dinámica y fluida, construida con un lenguaje coloquial, declarativo, testimonial, de sutil ironía y sentido cuestionador y crítico:

*Mi padre vino desde tan lejos  
cruzó los mares,  
caminó  
y se inventó caminos,  
hasta terminar dejándome sólo estas manos  
y enterrando las suyas  
como dos tiernísimas frutas ya apagadas*  
(Las manos)

El título no tiene un significado denotativo, sino más bien sugerente, como un animado cuadro de escenas generadas a partir del ámbito familiar pero sin limitarse a él. En cualquier caso, la sutileza, ironía, sencillez y cuestionamiento a los valores convencionales es un rasgo común del poemario. Repasemos a propósito estos versos de “Acerca de la libertad”:

*Esta mañana han comprado un pájaro  
como se compra una fruta  
un ramo de flores.*  
*Dicen que Hokusai compraba pájaros para liberarlos.*  
*También Leonardo  
pero midiéndoles el impulso y el rumbo.*

En 1973, al incluirlo Alberto Escobar en el II tomo de su “Antología de la Poesía Peruana”, calificó la poesía del laredino como una “Inusual conciliación de una experiencia endeudada con la luz y el candor de la vida provinciana (...) que cautiva por la dialéctica de su figuración poética y por el despacioso, sensual ritmo de su melodía”.

Su segundo libro, “El huso de la palabra” (1989) representa la consolidación de una escritura poética que contiene su propio ritmo y se desarrolla con una línea melódica expresada en versos de aparente sencillez y sintaxis suelta. Se configuran malabares de la palabra tejida con el hilo lingüístico del uso cotidiano, a semejanza del “huso” artesanal y tradicional. El referente temático, siendo más vasto y complejo, se nutre siempre de elementos raigales, telúricos y familiares, en cuyo conjunto o como trasfondo se perfila la silueta o la imagen de los elementos del paisaje natural laredino:

*Camina la trocha de los cañaverales,  
reverbera unánime el color verde.*  
*El mundo es solar y verde.*  
*La vaca que pasa tocando su cencerro  
y el muchacho que la sigue con una pértiga  
pierden su color y se pliegan al verde.*  
(Trocha entre cañaverales)

Más explícito aparece el mismo ambiente, nutrido de elementos familiares y ancestrales, en cuyo conjunto Laredo asume un carácter simbólico y mítico:

*Una rana  
emergió del pecho desnudo y recién muerto  
de mi abuelo, Don Calixto Varas.  
Libre de ataduras de venas y arterias, huyó  
roja y húmeda de sangre  
hasta desaparecer en un estanque de regadío.*

*La vieron  
con los ojos, con la boca, con las orejas  
y así quedó para siempre  
en la palabra convencida, y junto  
a otra palabra, de igual poder,  
para conjurarla.*

*Así la noche transcurría eternamente en equilibrio  
porque en Laredo  
el mundo se organizaba como es debido:  
en la honda boca de los mayores.*

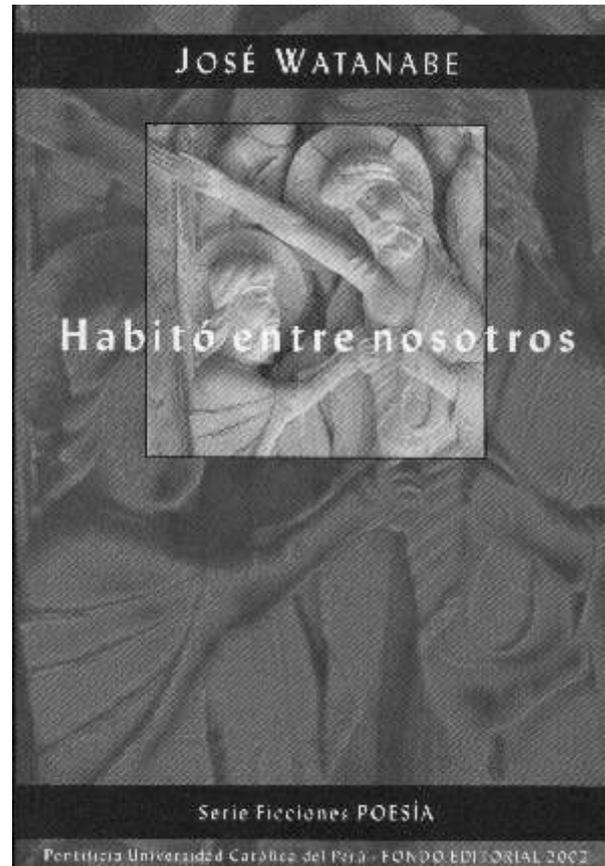
(El nieto)

En 1994 Watanabe publica “Historia natural”, cuya temática desarrolla una especie de mística de la naturaleza, así como una curiosa y fluida relación con animales, objetos y cosas de su entorno. Precisamente, fijándose en este carácter, Marco Martos ha escrito:

*La cultura campesina está arraigada en un fino poeta  
como Watanabe. Como Vallejo, él es un migrante que  
pasa de pequeños poblados a ciudades cada vez más grandes,  
pero que conserva en su imaginario un mundo arcádico  
de la niñez que se relaciona fluidamente con todas sus  
experiencias”.*

En tal sentido, uno de los poemas más hermosos del mencionado poemario es “En el desierto de olmos”.

Cinco años después daría a conocer “Cosas del cuerpo” (1999). Su ciclo poético prosigue “Habitó entre nosotros” (2002), en el que, imprevista y paradójicamente, Watanabe abandona la actitud cuestionadora y crítica del mundo moderno, para ofrecernos una aproximación espiritualista y una visión de Cristo más cercana a los problemas, quehaceres y vicisitudes humanas. Sorprendente y admirable proceso de creación y construcción, conforme a las cuales los diversos textos son desarrollados desde una concepción, perspectiva, posición, testimonio y palabra de los personajes contemporáneos, espectadores, testigos y actuantes de la singular, dramática y única trayectoria vital de Jesús, desde el nacimiento hasta la crucifixión y el descendimiento hacia su urna. El lenguaje, sin perder su tono coloquial y desenvuelto, se torna más lumi-



noso, flexible y expresivo. Así en “Jesús ante Pilato” podemos leer:

*Como brasa recibida en unas manos  
e inmediatamente devuelta, así  
quemante  
vas.*

*Ningún poder quiere tocarte, excepto  
la insolente muchedumbre. Seducida  
grita  
que te crucifiquen.*

*Ahora,  
aligerado y puro como pluma puesta de pie,  
míras  
cómo se cumple el mal: qué pronto  
qué puntualmente  
los hombres  
son turba.*

El ciclo poético del poeta laredino se cierra con “La piedra alada” (2005) y “Banderas detrás de la niebla” (2006), que, según Luis Eduardo García desarrolla una metáfora de la vida, pues la belleza emerge detrás de la oscuridad y la agitación existencial. Podemos añadir tam-

bién que su poesía ha sido recogida en las antologías “Path through the canefield” (1997) y “El guardián del hielo” (2000). Asimismo, como amigo de otro excelente poeta libertino, porque se hizo en Trujillo; limeño, porque allí nació; y cajamarquino, porque allí logro a su plenitud, en 2001 publicó el ambicioso, vasto y totalizador volumen “Manuel Ibáñez Rosazza: Poesía reunida”.

Concluida la vigencia y espectacularidad de “Hora Zero”, el insurgente y radical grupo al que perteneció la mayoría de sus amigos y compañeros generacionales, mientras que él supo conservar su autonomía y construir su personalidad e identidad, José Watanabe se ha erigido en una de las más altas voces de la lírica peruana contemporánea. Su obra ha de merecer, sin duda, estudios, análisis e investigaciones académicas y literarias. A nosotros nos corresponde promover su propagación y valoración;

y a la comunidad educativa e intelectual, acceder a la lectura y al acceso directo a los propios textos, tarea sin duda difícil en esta época en que cada vez se lee menos; pero reconfortante, si de lo que se trata es de elevarnos por las regiones superiores del espíritu. De manera particular, para este pedazo territorial de la patria, Laredo adquiere una jerarquía cimera y sello de identidad en la poesía de su heraldo más visible y distinguido. Como dice el mismo Marco Martos:

*Watanabe trae a la poesía peruana, en finísimo trabajo, la voz de la cultura campesina que bebió en su infancia en Laredo y Trujillo, que interiorizó con deleite y que la vida agitada de la megápolis no ha podido destruir.*

Laredo, 15 de junio del 2007.  
(Exposición en el homenaje tributado por la Municipalidad Distrital de Laredo).

## Galería poética de José Watanabe

### TAMPOCO ENTRARÁS POR EL OJO DE UNA LLAVE

*La Yale Co. fabrica llaves para una sola cerradura.*

*Veamos:*

*Existe la creencia generalizada de que*

*- Los poetas tienen un jardincito interior con flores exóticas, rosas (infaltables) y fucsias “que parecen bailarinas”.*

*- La luna splende mejor en la casa de los poetas.*

*- En la casa de los poetas (morada, más lírico) el aire gira con inefables perfumes y murmullos.*

*Y las mujeres las mujeres que emparejan con poeta levitan arrobadoras por el poder de las bellas palabras. -Etcétera.*

*No voy a desmentir esta creencia (conveniente a nuestro prestigio)*

*sólo voy a hablar de las llaves*

*aplanadas, festoladas, con un ojo como de aguja, esgrimidas*

*como espaditas flamígeras ante una puerta que*

*-según la creencia de que hablaba- limita el Reino de Poesía*

*del Reino de las oficinas y los Laberintos de los Infelices.*

*Pero la Yale Co. no sabe de estos problemas.*

*El compromiso de la Yale Co. es con el resguardo de la propiedad privada,*

*pero no ha imaginado (programado), más técnico*

*que sus llaves -inocentemente prendidas con cadenita,*

*con pata de conejo, con escudos-*

*ofrecen alternativas de uso, entrar o salir, nada más*

*cuando uno está pensando en lugares más tranquilos,*

*buenos recaudos sin llave*

*donde nadie altere -sea que las hinche, sea que las encoja-*

*el tamaño de las pelotas.*

**En: Hipócrita lector.**

## LA ÚLTIMA CENA

Yo dispuse sobre la larga mesa los alimentos  
de la Pascua.  
Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él.  
No me atreví a consolarlo  
porque mirando por la puerta la triste noche de Jerusalem  
empezó a destazar para sus discípulos  
el gran pan  
como si fuera un animal de trigo.  
Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía:  
cada pedazo de pan que reciben soy yo.  
Uno de los doce preguntó:  
¿estás empezando una parábola, Maestro?  
Afuera pensé: ¡qué poco avisados sus discípulos  
que no ven que el hombre está coronado por la muerte  
y que pan o carne es lo mismo!  
Cuando se marcharon  
mi vecina me acusó de exagerada e imaginera:  
Él siempre habla con símbolos, me dijo;  
pero en el comedor vacío, entre las migajas y el vino,  
percibí el límpido olor de una herida.

De: **Habitó entre nosotros.**

## FLORES DE PLÁSTICO

Cada uno de estos días del Señor  
un vendedor demuestra en mi puerta  
que somos menos perdurables que el plástico.  
y ya mi casa está llena  
con diversos objetos garantizados irrompibles.  
Pero este tiempo de Gracia  
comprendiendo que nada puede ser ajeno a los afanes líricos  
ha creado hermosas flores en humosos laboratorios.  
La urgencia por entregar la primavera  
es probable causa de algunas deficiencias:  
no hay secreto placer entre el polen y el estambre  
ni esa inmemorial premonición  
que estremeció al hombre ante la flor marchita.  
He visto algunas secretarias  
vertiéndoles el perfume de su agrado.  
Y a estas alturas  
no debe sorprendernos una triste muchacha  
deshojando flores de plástico junto a su ventana.

De: **Album de familia.**

## NUESTRA LEONA

Sé que el sol va y viene, inquieto, husmeándome  
entre los cañaverales.  
Sé que se demora en el cenit mirando ansiosamente el valle.  
El sol era nuestra leona.  
Una imagen, aún de humilde imaginación verbal como esta,  
va a la mente  
y le pide que condescienda  
con el poeta. Es el trato.  
Esta vez no, esta vez sólo pido vuestra mirada inmediata y literal:  
¿Quién, tan esbelto, salta de la ventana a mi tarima  
y me levanta de la nuca con sus suaves fauces  
y me lleva al río  
sino es el sol?  
El sol era nuestra leona.  
Un aliento cálido me envuelve siendo aquí, en Baja Sajonia,  
invierno:  
es la imagen creando su espacio en mi cuerpo enfermo,  
es el sol que me husmea como a hijo falto,  
allá en el norte de mi país,  
Donde me enseñó a caminar obligándome con el hocico.

De: **El huso de la palabra.**